

Reseñas de libros y revistas

"EL OCASO DEL PODER OLIGARQUICO — LUCHA POLITICA EN LA ESCENA OFICIAL 1968-1975"

Henry Pease García.
DESCO, Lima, 1977.

Entre las numerosas publicaciones que han aparecido analizando e interpretando el proceso político peruano en el período posterior a 1968, este libro sobresale claramente, tanto por la seriedad del análisis, como por el esfuerzo anterior de investigación en el que se sustenta el trabajo, el cual ha sido plasmado en lo que constituye quizás la mejor base documental para investigar la revolución peruana (aquí nos referimos a los diferentes volúmenes de la cronología política elaborados por DESCO). En este libro no se encuentra la crítica vupleadora individualizada o el testimonio justificatorio de participantes en el proceso, ni las conclusiones ligeras derivadas de teorías preestablecidas, dentro de las cuales muchos han tratado de encajar ese proceso. Pero, sobre todo, esta obra destaca en el contexto de las publicaciones sobre la revolución peruana porque el autor ha tenido el coraje —por decir lo menos— de aventurarse en un campo de investigación que presenta un sinnúmero

de dificultades, y que, aun siendo de capital importancia para el entendimiento del proceso, no recibió la atención debida hasta la aparición de este libro.

En esta publicación, Henry Pease se aventura en el análisis de lo que él denomina "la escena oficial", tratando de dilucidar la dinámica política que se produjo dentro de los poderes del Estado, sobre todo la lucha política dentro de las fuerzas armadas y su articulación con otros núcleos de poder en el período 1968-1975.

El libro, tal como lo señala su autor, consta de tres cuerpos principales. En el primer capítulo, presenta un análisis de la dinámica característica de la sociedad peruana en el período anterior a 1968. En este capítulo, aun cuando intenta únicamente situar el proceso revolucionario en una perspectiva general y señalar la articulación del proceso con la historia, se utilizan dos conceptos que, a nuestro entender, son cruciales dentro de la construcción teórica que da coherencia al libro. Estos conceptos son el de bloque de poder y el de Estado oligárquico. El primero define el resultante de la coordinación de diferentes grupos sociales que detentan las bases tradicionales de poder en la sociedad peruana: capital, tierra, prestigio.

Es decir, el núcleo constituido por los diferentes grupos que controlan algún recurso básico de poder y tienen la capacidad de demostrar dicho poder, esto es, que pueden convertir esta capacidad en un elemento concreto en el contexto de la lucha política. Este elemento está íntimamente ligado al Estado oligárquico, es decir, aquella situación en la que el espacio político es sumamente reducido, y en la cual el aparato estatal tiene la posibilidad de arbitrar y controlar la movilización de aquellos sectores ajenos al bloque de poder, y que a la vez es controlado por el grupo hegemónico, que lo utiliza para procurar la defensa de sus intereses.

Según el autor, la articulación de estos dos elementos ha definido la acción política en el Perú durante la época republicana. La dinámica ha estado enmarcada dentro de un proceso de exclusión e inclusión y de contradicciones por la hegemonía de diversos grupos en el bloque de poder y dentro de la lucha por el control del aparato estatal, el cual es visto como fundamental para la consecución de los objetivos del grupo hegemónico.

El autor, aunque no lo define claramente sino hasta el último capítulo, identifica diversos com-

ponentes de este grupo de poder. No tenemos la intención de detenernos en la apreciación del análisis concreto que Pease presenta del desenvolvimiento de la dinámica socio-política en el Perú hasta 1968. Un punto en el cual debemos hacer hincapié es en el tratamiento de los militares y en su relación con el bloque de poder. Pease es bastante ambiguo en el tratamiento de las fuerzas armadas con respecto a su articulación con el bloque de poder en el período anterior a 1968. La exposición del autor no queda claramente establecida en relación al bloque de poder y las fuerzas armadas. De acuerdo con el tratamiento que les da el autor, parece ser que las fuerzas armadas, aun cuando aparecen como uno de los componentes del Estado, no constituyen una más de las "élites" que integran el bloque de poder, sino, más bien, que son instrumentos en manos del grupo que mantiene la hegemonía dentro de esta cúpula.

Es resaltante la falta de atención que las fuerzas armadas reciben a lo largo del primer capítulo, sobre todo si se contrasta con el tratamiento e importancia que reciben en los capítulos posteriores. No queda en absoluto claro cuál es el tipo de articulación con las diversas facciones en el bloque de poder durante la vigencia del Estado oligárquico; más aún, el tratamiento que las fuerzas armadas reciben parece asignarles un rol subordinado al grupo hegemónico de turno.

El cuerpo central del libro lo constituyen los capítulos II, III y IV, donde el autor se aboca a la tarea prometida, la de ofrecer al lector una versión, aunque preliminar, de la lucha política en la escena oficial. En estos capítulos Pease presenta una explicación del curso que tomó el proceso revolucionario en función de la correlación de fuerzas y tendencias presentes dentro del Estado. El autor presenta una periodización del proceso en función de las diferentes tendencias que se presentaron en determinados momentos y cuya confrontación determinó el curso del

proceso. Se concentra fundamentalmente en el análisis de las tendencias que se produjeron en el seno de las fuerzas armadas, sin dedicar mayor atención al papel que juega la burocracia civil en la escena política oficial. Esta área ha sido descuidada por los estudiosos del proceso y la profundización del análisis en este sentido es necesaria por la importancia de este segmento, especialmente porque en alguna medida determinó el contenido técnico e ideológico de muchas acciones concretas de gobierno.

En un primer período (1968-1970), Pease identifica dos tendencias fundamentales que condicionan la dinámica política; por un lado, la tendencia radical, representada por aquellos oficiales que pugnan por una profunda transformación de estructura y la definitiva ruptura con la oligarquía; la segunda, es la "criollización", es decir, la fuerza que busca un acomodo en el poder, conciliándose con la oligarquía mediante el usufructo de los beneficios económicos y políticos del poder. Este período culmina con la consolidación de la fracción radical y la purga de los representantes más conspicuos de la línea opositora. El segundo período se extiende de 1970 a 1974; en éste, la dinámica del proceso es determinada por la lucha política entre el gobierno y los gremios de la burguesía que se enfrentan a las reformas decretadas por aquél. Esta lucha central se reproduce en el interior de los poderes del Estado, manifestándose mediante el conflicto entre el velasquismo —que expresa la tendencia radical victoriosa en la primera etapa— y los elementos de la alta burguesía dentro del gobierno que pugnan por detener el proyecto impulsado por el velasquismo y recuperar el curso del proceso en su favor. Durante los primeros tres años de este período, el velasquismo asentado en el poder constituye un proyecto propio y lo plasma a través de diferentes acciones políticas. Durante los años 1970-1972 esta tendencia logra el control del aparato estatal, y en el seno de los po-

deres del Estado se produce una acentuación del conflicto entre las tendencias. Como resultante, tenemos que el velasquismo logra el predominio y somete a un segundo plano a la tendencia "liberal". Entre los años 1973-1974, el proyeco militar entra en una etapa de crisis y definiciones, la cual culmina con la victoria del velasquismo que se manifiesta en la expropiación de los diarios y la caída de Vargas Caballero, lo que significa la pérdida de la representación política de la burguesía liberal en el gobierno.

En la tercera etapa del proceso, Pease identifica la aparición de contradicciones en el seno del velasquismo, fundamentalmente a raíz de diferentes posiciones con respecto a la movilización popular. Aparecen dos tendencias: la llamada "Misión", que promueve una participación vertical y manipulada y se identifica por un discurso ideológico de marcado anticomunismo; y los llamados militares progresistas, que comprenden a los coroneles de 1968 que abogan por la profundización del proyecto militar. Según el autor, la "Misión" logra la hegemonía y Velasco finalmente opta por esta tendencia. La lucha política entre estas tendencias concluye con el golpe institucional del 29 de agosto de 1975 que lleva al poder a los "militares institucionalistas", tendencia que Pease hace aparecer en este momento y sin dedicarle mayor atención en el análisis anterior.

Quizá el principal mérito de Pease radica en el método utilizado para incursionar en una área que está vedada al investigador por una cortina de secretismo oficial. Lograr información directa sobre lo sucedido en el seno de las fuerzas armadas demandaría trabajo detectivesco, y aún más, en algunos casos la presencia física del investigador en el lugar de los hechos. Pease, para salvar el obstáculo, ha utilizado un método bastante novedoso. El autor construye un escenario, a manera de hipótesis que describe la lucha política en la escena oficial donde identifica las opciones básicas que se

presentan a los actores y las principales tendencias que se manifiestan. En un segundo término procede a identificar determinados "hechos históricos" que a manera de indicadores son utilizados para validar el escenario construido. Aun cuando reconocemos que para investigar esta área no es posible utilizar métodos más ortodoxos, el método utilizado por Pease presenta algunas dificultades. En primer lugar, el escenario es construido en base a determinados hechos históricos y, a su vez, éstos son utilizados para validarlo: dependiendo de cuáles hechos se escojan, es posible construir escenarios diferentes y validarlos a su vez. En segundo lugar, Pease toma aquellos hechos históricos en base a su ocurrencia y al impacto que se les atribuye, cuando la no ocurrencia de algún hecho puede ser a veces más significativa de la dinámica política. Por último, es necesario que el hecho histórico sea realmente un indicador del escenario que se pretende validar y, en este sentido, Pease no presenta claramente la relación entre el hecho histórico y su apreciación de la lucha en la escena oficial.

En la tercera parte del libro, Pease ofrece algunas notas preliminares sobre el Estado y el régimen político. En el capítulo V, analiza las reformas en la estructura de propiedad y cómo éstas afectaron a diferentes clases y a sus fracciones así como el proceso de redefinición coyuntural de relaciones con el capital imperialista; y presenta un corto análisis de los beneficiarios del proceso.

En el último capítulo del libro se ofrece al lector una aproximación al "régimen político de la primera fase", que no pretende ser un planteamiento exhaustivo, sino la "presentación de algunas características que se evidencian a partir de la observación política", pero suficientes, según el autor, para plantear a nivel de hipótesis el hecho de que se han producido cambios substanciales en el régimen político del Perú.

Cierra el libro una exhaustiva bibliografía elaborada por Clemencia Galindo de Jaworski sobre el proceso político peruano 1968-1977, en base a las bibliografías preparadas por Guido Soenens, publicada en la revista *Apuntes*; y por Francisco Guerra García, "El peruano: un proceso abierto" y "Notas para un estudio del régimen político peruano".

Luis Abugattas

"LAS PALABRAS Y LAS COSAS"

Michel Foucault.

Siglo XXI, México, 1974.

(Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines, Paris, 1966).

Las "ciencias humanas" son ciencias empíricas, que tratan del hombre en cuanto trabaja, vive y habla. No son propiamente ni la economía, ni la biología, ni la lingüística, sino una proyección de las mismas en la vida del hombre en el punto de intersección con el psicoanálisis y la etnología. Consisten en el modo con el cual el hombre moderno, informado por la economía, por la biología, por la lingüística, la etnología y el psicoanálisis, se representa a sí mismo en su simplicidad. ¿De dónde provienen y qué consistencia poseen? ¿Cómo ha sucedido que el hombre se represente hoy según la información recibida por las ciencias humanas? Estas son preguntas que Michel Foucault se pone en una obra que ha tenido un suceso clamoroso y que pasa por ser la más importante del estructuralismo francés. Para dar una respuesta válida al problema, el autor debe practicar el oficio de arqueólogo, indagando con el método del análisis estructural cómo se han construido y constituido las ciencias humanas que definen al hombre moderno. Según el referido método, la llave para entender las varias estructuras culturales reside, como lo indica el título de la obra, en el modo con el cual es diversamente interpretada, en las diversas épocas, la relación entre las palabras y las cosas. Cada época, pues, tendrá su propio "código

ordenador", su a priori histórico, que determinará la configuración de todo el saber; cambiando el cual, todo cambiará. Existirán, luego, diversos sistemas culturales, que se superpondrán los unos a los otros y que se sucederán por discontinuidad, sin tener nada en común entre ellos; como diversos estratos arqueológicos. De tal modo, el autor provoca, naturalmente, un cúmulo inmenso de problemas que convulsiona toda interpretación del hombre y de la historia.

La excavación arqueológica comienza a partir del Renacimiento: una cultura bajo el signo de la semejanza, en la cual el lenguaje es interpretado como un duplicado de la realidad. Todo el saber de esta época lo probará, como resulta claramente de su vocabulario y de su trama semántica: conveniencia, emulación, analogía, simpatía, antipatía y otras. El mundo se vuelve sobre sí mismo y se repite al infinito. Es la época en la cual todo es exégesis y comentarios, descifrar escrituras ocultas en la naturaleza de las cosas. "Lo que caracteriza el conocimiento no es el ver ni el demostrar, sino el interpretar" (p. 55). Leer, descifrar y comentar al infinito la "prosa del mundo" es todo el saber de esta época signada por el concepto de la semejanza.

Como un espejo y prueba de la cultura del Renacimiento, el autor cita al Quijote, al que define como "la primera obra moderna" (p. 63). El Hidalgo de la Mancha es el héroe destinado a descubrir si las palabras, leídas en los libros de caballería del Renacimiento, corresponden verdaderamente a las cosas. Su experiencia negativa, lo que equivale a decir que las cosas se revelan en su irónica y desilusionante identidad, cierra la era del Renacimiento y preanuncia otra, radicalmente diversa.

Por discontinuidad surge ahora, bajo el signo de la representación, una nueva cultura que va de Descartes a los Ideólogos. La clave para entenderla se encuentra en un cambio de postura hacia el lenguaje, el que es inter-